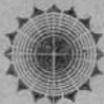


HELIODORO CARPINTERO

---



ANUNCIANCIA!

---

ALICANTE: 1903

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE A. REUS

Plaza de Isabel II, 8

SS.

I-69



**!NUMANCIA!**

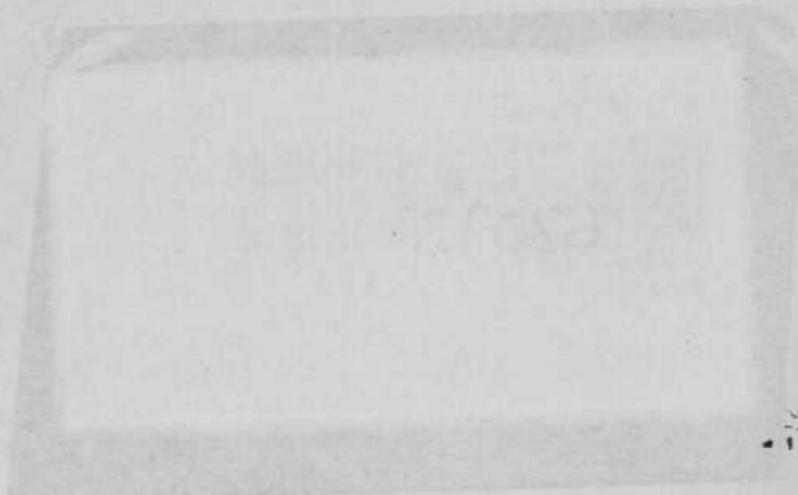
B.P. de Soria



1062073

SS-F I-69

123456789



R. 11.491

# INUMANANCIA!

POR

Heliodoro Carpintero y Moreno



ALICANTE: 1903

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE A. REUS

Plaza de Isabel II, 6



*AL Ayuntamiento de Berlanga de Duero, mi pueblo natal, y á los discipulos y admiradores de mi querido padre, Don Pedro Carpintero Asensio (Q. E. P. D.), cuyo recuerdo, como Maestro de instrucción primaria que fué de la mencionada villa, han enaltecido y perpetuado públicamente, tengo el honor de dedicar este modesto trabajo en testimonio de entrañable gratitud y afecto.*

*Heliodoro' Carpintero*





# Una carta

---

Sr. D. Juan Macho Moreno.

Mi querido amigo: Me encarga usted un artículo para su bien *atizado* y dirigido FARO, y como sus peticiones son mandatos para mí, tomo la pluma con deseo de complacer á usted y á los ilustrados lectores del valiente adalid que tiene en esta provincia la sufrida y honrada clase del Magisterio de primera enseñanza.

El asunto no ha sido elegido por mí solo; usted ha influido bastante en ello, pues desde que hicimos juntos la excursión á la ínclita Sagunto acordamos hacer otra calladamente al bendito lugar en que estuvo asentada la clarísima Numancia, si nos encontrábamos en la *tierruca* este verano, y visitar la noble y sencilla capitaleja que tantos recuerdos y tantas impresiones depositó en nuestras almas en la edad dichosa en que los cuidados, las preocupaciones y los disgustos resbalan sin conturbarla ni hierirla, pues viene

á ser aquella para el ánimo cual esmalte que le aísla y defiende.

La ocasión favorece también mi intento, pues S. M. el Rey D. Alfonso XIII ha visitado aquel humilde rincón nuestro y ha subido al cerro de Numancia, rindiendo el culto debido al heroísmo de aquel magnánimo pueblo, que no quiso sufrir el yugo de la servidumbre, el estigma de la sumisión vergonzosa, humillante. Luchó con fiereza por su libertad sacrosanta, y ante las aras ideales de ésta se sacrificó, destruyendo cuanto poseía. ¡Loor eterno á los mártires de la independencia española!

Desde que abrí los ojos y percibí algo de la realidad; desde que mis oídos me pusieron en relación con lo que me rodeaba; desde que mis labios rompieron á hablar, no he dejado de ver, oír ó pronunciar algo referente á este timbre, blasón y orgullo de nuestra región; pues mi inolvidable y adorado padre (q. s. g. h.), compañero de profesión, de ideas y de carácter, y amigo entusiasta de usted, nació á corta distancia de allí (Narros) y la primera escuela que interinamente desempeñó fué la de Garray.

Todo, todo revela las vibraciones latentes, escondidas, profundas, que estaban dormidas en mi alma, y me hace gozar y sufrir á la par; pero con moderación y conformidad, pues por encima de las vicisitudes humanas, de ese flujo y reflujo de acontecimientos y de emociones, brilla serena, majestuosa, bienhechora, la idea de la Provi-

dencia, á la que bendigo y á la vez encomiendo las almas de los seres queridísimos que han pasado á mejor vida, la de esta noble patria herida, mutilada, exangüe, que aún conserva energías morales, si con atención se la observa y trata, para reponerse de los quebrantos sufridos y hacer algo digno de su glorioso pasado y las de los mártires de todos los pueblos y tiempos que se han sacrificado por las grandes ideas, propulsores de la marcha progresiva de la humanidad.

De todos modos, haga lo que le plazca de esta carta y de las siguientes cuartillas, y reciba un abrazo de su amigo de corazón

H. C. M.

(Alicante, 14 de Septiembre de 1903.)





# ¡NUMANCIA!

Soria, la ciudad modesta é hidalga que ha vivido más de recuerdos y de esperanzas que de realidades seductoras, dormida al arrullo de la corriente del pinifero Duero; la que guarda privilegios y ejecutorias de nobleza, timbres gloriosos que ni la desgracia ni el tiempo ni el aislamiento han empañado; la predilecta del Néstor de los Monarcas españoles, del noble Alfonso VIII, á quien sirvió de amparo en su orfandad, de escudo y fortaleza en sus tiernos años, de cohorte de honor, fidelisima y denodada, en los terribles choques que tuvo con la morisma, hasta que quebrantó sus garras en las Navas de Tolosa; la que armonizó el poder real con el de los linajes y el del brazo ó estamento popular; la hospitalaria y simpática *Soria pura, cabeza de Extremadura*, que es la leyenda de su escudo,

cuenta como la primera de sus honras y preeminencias el ser la sucesora en el solar de los numantinos, la heredera del espíritu de aquel celebrísimo pueblo, con lo que si la gloria de éste la ilumina, le obliga á la par á ser siempre digna de este honroso título sucesorio, á ser noble, libre, magnánima, leal y generosa con la madre común, nuestra bendita España, hasta el sacrificio, si fuera necesario.

La tierra, nodriza de los hombres, los informa en cierto modo, y éstos á la vez modifican á aquélla con su trabajo inteligente. No ha de extrañarse, pues, ese afecto y atracción que ejercen los lugares en que el hombre ha estado más en comunicación con la tierra que le sustenta, con la tierra que se ha incorporado piadosamente las cenizas de los seres queridos, con la que ha recogido las lágrimas de nuestros ojos, el sudor de nuestra frente, y guarda los ecos de nuestras risas. ¿Qué digo? No sólo no ha de extrañarse, sino que ha de aplaudirse y fomentarse esta inclinación natural poderosa de nuestro ser. Este culto expansiona y vivifica nuestra alma y favorece el desarrollo de los más altos y caros sentimientos del hombre. El egoísta sólo se ve á si mismo, todo lo reduce á él, y al reconcentrarse en tan ruín espacio, no mira ni lo que le sustenta, ni lo que le rodea...

Si es interesante conocer las localidades en que han vivido famosos personajes, lo es también mucho conocer la escena en que se han

desarrollado los sucesos memorables y de trascendencia para la vida de los pueblos.

No ofenderé á mis ilustrados lectores repitiendo lo que saben tan bien como yo: la importancia que tuvo la destrucción de la heroica Numancia, y la sumisión consiguiente de la antigua Celtiberia, en que aquella estaba enclavada, para la dominación total de España.

Un distinguido historiador militar, el general Gómez de Arteche, al hablar de las guerras ibéricas, dice: «que cumplido su primer propósito, el de la expulsión de los Cartagineses, y castigadas las sublevaciones que se sucedieron en las comarcas próximas al litoral del Mediterráneo en que habían operado, los romanos, pensando ya en la ejecución de un plan razonado y metódico, comenzáronla por la ocupación del valle del Ebro, hasta Tudela, limite que por mucho tiempo se impusieron para concentrar más y más sus operaciones... Desde el Ebro se alcanzan muy luego las cumbres de la divisoria ibérica, donde hay realmente que buscar el dominio de la Península. Porque siendo origen de las principales cordilleras que accidentan, y séame permitida la frase, la vasta planicie central, y dándole también á los ríos y valles más importantes, esa divisoria es como la ciudadela que domina y comanda la región central de nuestra patria hasta las ya remotas que bañan el Mediterráneo, por un lado, y el Atlántico, por el otro.»

«Y ahí tenéis revelado el interés que los romanos ponían en la ocupación de Numancia, la *nacioncilla*... que puso á dos dedos, sin embargo, de su ruina la obra de dominación tanto tiempo antes acometida por el Pueblo-Rey.»

Si para todos es notoria esta importancia, así como la fama de aquella ciudad que «si fué inferior en riquezas á Cartago, Capua y Corinto, las igualó (y aun superó) en valor y renombre...», como dice un historiador latino, no todos han podido visitar el sagrado lugar en que estuvo situada, ni tampoco han faltado quienes han atribuido á otros sitios esta gloria. Para dar alguna publicidad á los notables trabajos que han esclarecido este punto, y para indicar y delinear lo que mis ojos han visto y mi alma sentido, páreceme oportuno aprovechar algo de lo mucho y bueno que se ha escrito, y manifestar al propio tiempo mis impresiones.

\*  
\* \*

Saliendo de Soria por la carretera de Logroño, en dirección septentrional, pasado el kilómetro 7, se llega al antiguo puente de Garray, así llamado por el pueblecito inmediato que se encuentra. El Duero y el Tera, que respectivamente corren de O. á E. y de N. á S., pasan bajo los arcos peraltados del puente, sin confundir sus aguas, que se mezclan un poco más abajo, llevando la denominación del primero de los susodichos ríos.

Pues bien; en favor de ese pueblecito tienen sentenciado el pleito, referente á la verdadera situación ó correspondencia de la indomable Numancia, los críticos y anticuarios de más concepto y autoridad dentro y fuera de España. Esta declaración honra al ilustre zamorano, señor Fernández Duro, docto académico de la de la Historia, é investigador infatigable de las glorias de su provincia y de su patria, pues sabido es que el glorioso solar de Numancia lo situaron algunos en Zamora; mas por constar de una manera indubitable que la valentísima ciudad celtibérica estaba á la margen izquierda del Duero, y no corresponder á aquella capital, que está á la derecha, la redujeron á Temblajo, pueblo de la misma provincia.

Ya antes Florian Docampo, en el siglo XVI, y el presbítero Quirós, en el XVIII, ilustres coterreños del autor citado, marchando contra la corriente apasionada de sus convecinos, hicieron coro con los que situaban á Numancia en Garray, cerca de Soria; y si en la Edad Media fué general este error y no solo excusable sino hasta plausible, pues tal nombre (el de *Numancia*) dieron á Zamora los reyes de León al reconquistarla de los musulimes y al consolidar lo poseído, hoy no puede sostenerse tan gratuita atribución y con el preclaro P. Mtro. Enrique Florez, podemos repetir: «Tengo por tan cierto que la llamaron Numancia (á Zamora), como que la antigua Numancia no fué Zamora.»

El ya citado Quirós decía al Ayuntamiento de esta población, en un notable documento publicado por el Sr. Fernández Duro, «que todos, todos los históricos y cosmógrafos antiguos, *únicos testigos que pueden deponer en esta causa*, están acordes en favor del sitio de Garray, dándonos de Numancia señas tan individuales que sería una manifiesta ignorancia, ó caprichosa voluntariedad removerla de semejante posición.»

Al publicar unas notas biográficas de un queridísimo amigo mío, hijo distinguido de la noble provincia de Zamora, dije, en 1898, y ahora repito con gusto: «que esta es tan famosa por los claros varones que ha producido como por sus hechos memorables»; añadiendo, con el autor antes mencionado, que pues no le faltan muchas y verdaderas glorias, no ha de querer atribuirse lo que no le pertenece legítimamente. Zamora, como las demás provincias hermanas, hijas de la bendita madre España, no necesita negar á Soria tal título de gloria; porque esta irradia no solo sobre la humilde ciudad, cabeza ó extremo del Duero en su nacimiento, pero también por todo el ámbito de la Península, pues el *miserable estrago*, la *sublime hecatombe* de Numancia, como los heróicos sacrificios de otros pueblos antiguos, acreditaron ante el mundo atónito nuestro valor, nuestra firmeza, nuestra lealtad, nuestra aversión á todo yugo extranjero, mientras hemos seguido las inspiraciones peculiares de nuestra gran alma nacional, hoy con-

turbada y vacilante pero no muerta, como cree un pesimismo desconsolador y corrosivo que la enerva, postra y aturde más de lo que conviene á su vida preciosa.

Por lo que respecta, pues, á la situación de la más gloriosa de las poblaciones de la indómita Celtiberia, (\*) el fallo es definitivo, fijándola en el lugar mencionado (Garray), conforme á los datos y testimonios que se han recogido cuidadosamente por los doctos en tales materias. Todo lo que depone é informa en esta causa está recogido y examinado cuidadosamente. Los historiadores y geógrafos antiguos, merced á los trabajos de humanistas, filólogos y eruditos, así como de los competentes en tales materias, pueden ser consultados facilmente en las colecciones ó Bibliotecas que de ellos y de los demás autores de la culta antigüedad se han hecho. Durante la Edad Media ya hemos dicho la confusión que hubo, aunque hay que reconocer que la oscuridad no es tal que no permita columbrar algo de la verdad. Al brillar la luz del Renaci-

---

(\*) Comprendería esta no solo una buena parte de Castilla la Vieja (toda la provincia de Soria, bastante de la de Segovia, y algo de la actual de Burgos), y de Aragón (parte de Zaragoza y Teruel), pero además los partidos de la de Guadalajara que confinan con Soria y Zaragoza, por lo menos, y algo de la de Cuenca, extendiéndose tal vez hasta Segorbe (Castellón), y por las serranías de la de Cuenca hasta parte de la provincia actual de Albacete, siguiendo la gran cordillera que es como la espina dorsal de nuestra Península.

miento, los doctos imparciales y desapasionados declaran á una voz que no puede haber duda en esta cuestión, y así el insigne polígrafo Antonio de Lebrija (ó Nebrija), como el notable filólogo y erudito Aldrete, como otros muchos humanistas, interpretan juiciosamente lo que la antigüedad había dicho acerca de este punto. El docto Ambrosio de Morales, el portentoso talento del P. Juan de Mariana, que pudo abarcar en conjunto los hechos memorables de nuestro pueblo, desde los tiempos remotos hasta los próximos á él; el severo y juiciosísimo analista de Aragón, Jerónimo de Zurita, modelo de historiadores, y otros que sería prolijo enumerar, establecen la correspondencia indicada. En el siglo XVIII, el no bien ponderado agustino, honra y prez no sólo de su Orden, no sólo de la provincia en que nació (Burgos), sino de España entera, el sabio P. Florez que trazó y erigió en parte ese monumento que se llama *La España Sagrada*; y el notable alcaerreo Loperráez y Corvalán que escribió concienzudamente la *Historia del Obispado de Osma*, modelo de las de este género, visitaron esta localidad, añadiendo el segundo en los Apéndices muy erudita disertación sobre esto y describiendo las ruinas y vestigios que halló. Finalmente, en el próximo pasado fué tan admitida esta situación que casi no se consideró como materia discutible. Debemos citar, sin embargo, y agradecer lo que han hecho en pró de esta causa el insigne geógrafo español D. Francisco Coello, el

docto anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra, y sobre todos el sabio D. Eduardo Saavedra que, en su admirable «Memoria sobre la vía romana de Astorga á Zaragoza», sección de *Uxama* (Osma), hasta *Augustobriga* (Muro de Agreda), en el limite de nuestra provincia con la de Zaragoza, siguiendo el *Itinerario de Antonino Caracalla*, ha proyectado la luz de la demostración matemática, y la de testimonios litográficos, y ha servido de portavoz á las unánimes de la antigüedad.

Después de esto solo resta decir que el asunto ha entrado en los dominios de la certidumbre y dejado los de la opinión, y que el más docto Cuerpo que existe en España acerca de estas materias, la Real Academia de la Historia, al premiar la Memoria del Sr. Saavedra, al publicarla entre las suyas, y al hacer excavaciones, por desgracia suspendidas á poco de comenzadas, ha dado sentencia inapelable en este litigio...

Ojalá se hubieran podido recoger los testimonios mudos pero elocuentes que la ignorancia, el abandono y la codicia han aventado por desgracia. Diseminados idolillos, planchas ó chapas, monedas y medallas, piedras, barros, etcétera, etc., son como notas dispersas que no forman acorde, como letras quebradas que no constituyen frase reveladora de lo que existió, como palabras sin ilación que no logran ser el verbo fecundo que exprese la vida de lo que fué. ¡Qué

admirable museo de antigüedades se hubiera podido formar en nuestra capitaleja! (\*)

No sólo tienen su hado los libros ¡también lo tienen los demás objetos que han servido de medio de expresión de la vida de los hombres!

\*  
\*  
\*

Pasado el puente y siguiendo por la carretera, que cruza por entre las casas del lindo pueblecito mencionado, se halla á la derecha una calle que se rotula de *Numancia*. Por allí se va para subir al famosísimo cerro de este nombre, que por su forma y por la denominación del pueblo que está al pié, se llama *Muela de Garray*. La ascensión por esta parte es fácil, pues la pendiente, aunque algo rápida, no tiene asperezas. Al pié de la colina, antes de llegar á la ermita de los Mártires, se hallan manifiestos vestigios, restos de muralla, que hollaban nuestras plantas, y nos hacían recordar que Loperráez en su

---

(\*) La hermosa y patriótica idea de formar un Museo provincial surgió en la luminosa mente y fué acariciada por el exquisito gusto y enardecido corazón del tierno y delicado poeta Gustavo Adolfo Becquer, gloria de España. Profesaba filial cariño á nuestro rincón y sintió no poder adquirir el admirable monumento de San Juan de Duero, para destinarlo á este objeto. Noticia tan curiosa la da el ilustrado y entusiasta soriano, D. Antonio Pérez Rioja, — por desgracia fallecido poco ha en plena madurez de su talento, — en su erudita *Crónica de Soria*, que también hemos consultado en esta ocasión. Otras varias obras históricas y poéticas, consagradas á su tierra natal, ha producido la laboriosa y brillante pluma del Sr. Rioja.

descripción dice: «que aún aparecían...; que veíanse por la parte del río tres vallados de piedra que, guardando la figura de muralla y las distancias de foso y contrafoso, conservaban las líneas curvas, cuyos espacios intermedios habían puesto en cultivo los naturales.» Lo mismo nos pareció ver á mi buen compañero de excursión y á mí, al comenzar la subida.

Mientras la hacíamos, nuestros ojos querían verlo todo, se dilataban en la medida que los de la imaginación y el deseo; inquieto estaba nuestro corazón, é inquietos nuestros pies, que andaban y desandaban por las tierras incultas y por las roturadas... ¡Quién hubiera podido penetrar en las entrañas del cerro, túmulo inmenso y glorioso de aquel pueblo heróico, y removerlas y besarlas piadosamente!

Ya estamos en la cima del cerro, que forma una meseta de unas 18 hectáreas de superficie, elevada á 60 metros sobre su base y á unos 1073 sobre el nivel del mar, con rápidas caídas al Duero, por el O., y al Moñigón ó Merdancho, por el S., en cuya dirección se halla la aldehuela de Garrayejo ó Garrejo con su ermita de San Julián; nuestras miradas son atraídas por un exiguo monumento que se ve, y hacia él se dirigen nuestros pasos, y hacia unas hiladas de piedras que resaltan sobre el terreno. También se ven algunos montículos, formados al excavar el suelo, en las pocas y superficiales exploraciones que allí se han hecho.

Los vestigios, los restos eran sin duda más numerosos y estaban mejor conservados en el siglo XVI, cuando los vió Ambrosio de Morales, y en el XVIII, en que Loperráez dió más circunstanciadas noticias, que en nuestro tiempo, aún después de las excavaciones hechas por corporaciones (como la Sociedad de Amigos del País y la Real Academia de la Historia) ó por particulares (como el benemérito Sr. Saavedra).

El erudito historiador del obispado de Osma habla de «recuadros de casas, de calles y de algunas plazuelas formadas por cimientos de pared sin betún ni pulidéz...; de fragmentos de tejas y vasijas, de escorias...; del *sitio de la plaza*, así llamado por los mismos naturales, en la parte principal de esta cima... y de las muchas piedras sillares que los vecinos de Garray extraían para sus construcciones, á poco que abrían el suelo»...; el Sr. Saavedra, de trozos de muros, uno descubierto por él, de alguna inscripción sepulcral, etc.; la docta Corporación resume lo hallado antes y lo descubierto entonces: «una calle romana á manera de vía romana, varios recuadros de edificios cerrados que debían ser la parte subterránea de los mismos en toda la dirección de la calle; unos pozos, el suelo de cemento de unos baños con sus cañerías para la conducción de las aguas, las ruinas de un templo con dos aras á Marte y á Júpiter, respectivamente, y al extremo opuesto unos cuantos sepulcros... y multitud de frag-

mentos de vasijas de barro fino perfectamente labradas y algunos otros objetos»... Medallas y monedas (celtiberas y romanas) se han encontrado bastantes, pero son pocas las publicadas.

Con todo, no es mucho lo que se ve á flor de tierra para quien lleva lleno el magín de las hazañas que realizó la inmortal Numancia, del asedio que resistió durante muchos meses, de los recursos é ingenios que empleó el segundo Africano, Escipión Emiliano, tan conocedor, tan imbuido en las tretas y artificios necesarios para destruir las ciudades, sin dar la cara, ni confiar el buen éxito á una acción campal, después del exterminio, de la ruina total del más formidable terror de Roma, de su implacable enemiga, de la poderosa Cartago. Esta impresión que, con la franqueza y sinceridad peculiares de su pueblo, refleja uno de los hijos más amantes de Soria y el primero sin duda de sus historiadores, D. Nicolás Rabal, mi querido maestro en el Instituto, al decir en una *nota* que «en Numancia no corresponden ciertamente los restos hallados hasta ahora con la importancia política ni con su fama»... es también, aunque no se manifieste, la dominante que casi todos experimentan cuando contemplan aquella solitaria altiplanicie. Ingenuamente lo ha expresado un distinguido periodista, el autor de los *Cuentos en papel de oficio*, relatando la visita que S. M. ha hecho á este memorable sitio, cuando se le escapan de los puntos de su pluma ilustrada y sensata, estas

palabras: «Después subieron (las reales personas) á la cima del cerro, terreno escueto y yermo, donde *hace falta una buena voluntad para adivinar que allí estuvo la ciudad «terror de Roma fementida.»*»

Si tan general es esta impresión, así en los interesados y aún apasionados de esta correspondencia como entre los imparciales y serenos, en algo consistirá, algunas causas influirán en esta especie de desencanto, y yo, después de meditar sobre ello, me atrevo á indicar modestamente, que el estado de ánimo que respecto á este punto se tiene, influye desfavorablemente en la impresión, y á la vez el no haberlo formulado con exactitud y claridad.

Con efecto ¿quién no ha imaginado encontrar en aquella sagrada cumbre numerosos vestigios, esto es, piedras calcinadas, metales deformados por el fuego, cenizas mezcladas con la tierra, muros ennegrecidos, armas melladas y oxidadas, etc.; en suma, restos venerandos, que con muda elocuencia atestigüen el sublime sacrificio de aquel pueblo inmortal? ¿Quién se pára á meditar que, á semejanza de los antiguos espartanos, las torres, los baluartes y muros principales eran los pechos de pedernal de aquellos gloriosos montañeses; y que sus ingenios y máquinas de guerra eran ante todo sus miembros de acero, y el temple de espíritu—que la sobriedad y la lucha continua con un clima duro y extremado y el ejercicio de la caza y del pastoreo

les había dado,—la invencible rapidez de movimientos y audacia nativa que produjo el guerrillero, tipo español neto y famoso, la astucia, la sutileza y la enseñanza que hubo de adquirir en su trato con griegos y en sus choques y pactos con los mismos romanos? ¿Quién discierne serenamente la diferencia que habría entre las fortalezas de pueblos más cultos y acostumbrados á la ocupación y á la dominación, como los que se propusieron enseñorearse de España, y las defensas de los que vivían entre las cercas y tapiales que, evitando el allanamiento de sus moradas por sorpresa, éranles suficientes para contraponer en poco tiempo su incontrastable acometida, su violento empuje, su impetuoso denuedo á los que se atreviesen á ofenderlos? ¿Cómo no se considera que las condiciones estratégicas de este sitio, habida cuenta de los recursos y medios belicosos que se empleaban, y la posición entre tribus hermanas, interesadas en su suerte que era la misma para todas ellas, hacían á aquella valentísima ciudad celtibera si no inexpugnable, por lo menos de muy difícil acceso?

Pues bien: por lo que atañe á su excelente situación bastará que recordemos lo que sobre esto dicen testigos presenciales del cerco y ruina de aquella población: «que estaba rodeada de barrancos y espesos bosques, á la margen de profunda laguna, entre dos pujantes ríos..., por uno de los cuales, el Duero, á vela tendida,

ó fuerza de remos, si el viento no soplabá, descendían barcos pelendónicos, apresurándose á proveer de víveres y municiones la ciudad.» ¿Los alrededores de esta ofrecen ya todos los rasgos de su peculiar fisonomía? No; porque, como dice el insigne Fernández-Guerra, «conjuradas las destructoras fuerzas de la naturaleza y del hombre, mudan la faz de la tierra.»

Sin embargo, la observación atenta é ilustrada, la científica, y el testimonio de los hombres revelan y comprueban algunos de esos rasgos, de los que hemos indicado anteriormente los relativos á los dos fosos naturales, profundos, que forman los dos ríos citados, por el O. y por el S., y á la inclinación ó pendiente por el N. Al S. E. hállase uno de los varios barrancos mencionados, por donde se ponían en comunicación con los habitantes de los cerros, sierras y mesetas que en esa dirección se encuentran y que entonces, y aun en tiempos mucho más próximos á nosotros, estaban cubiertos de espesos bosques y matorrales. Queda sólo la parte del NE. y por aquí precisamente se une con la terraza llamada hoy del *Campillo*, cuyo suelo, que se extiende hasta las vertientes de las sierras, por levante y norte, con una superficie de 50 kilómetros cuadrados, era dominado perfectamente desde la ciudad, estaba cubierto también de montes y malezas, y ocupado por hermanos de la misma tribu, que reconocían la capitalidad de aquélla. Esta hermandad, esta

unión defensiva y aún la que en cierto modo tuvieron con las tribus de otras regiones, como más adelante veremos, fué uno de los medios más eficaces para detener algún tiempo la conquista y dominación de España por los romanos.

Respecto á si tuvieron ó no fortificaciones, no están de acuerdo los autores antiguos. Nuestra opinión es que tendrían algunas defensas por las partes accesibles del cerro, y que fueron arrasadas por completo.

Por último, conviene advertir que fácilmente la fantasía nos hace ver mal estos grandes acaecimientos, cuando el estudio y la meditación no limitan la incoercible condición de aquélla. No olvidemos, pues, que si predomina tal facultad, hay á modo de un coeficiente de dilatación ó desviación que ha de ser muy tenido en cuenta por la inteligencia que va tras la verdad histórica.

\*  
\* \*

Las relaciones que había entre las tribus de la Celtiberia y las que vivían á derecha é izquierda del Duero y de sus principales afluentes hasta Lusitania, son bien conocidas, y así se conexionan la resistencia de Celtiberia, al aparecer los romanos y pretender dominarla, con las luchas de los *Vacceos*, *Vettones*, etc., y más especialmente con la que dirigió el primer guerrillero de nuestra patria, el célebre Viriato. Esta guerra fué el pretexto que aprovecharon

los romanos, asesinado aquel caudillo, para declarar la guerra á Numancia. Aunque otras esforzadas poblaciones, consanguíneas (Terman-tia, Segeda...) ó vecinas, lucharon también denodadamente, la que se aventajó á todas y era núcleo y cabeza en aquella ocasión y dió nombre á la guerra, fué Numancia. «Uno tras otro, sin interrupción alguna, fueron vencidos varios ejércitos formidables; su reemplazo y las maquinaciones del Senado romano para, eludiendo la fé jurada, burlar la credulidad de los numantinos, daban tiempo sobrado ¡catorce años! los más gloriosos de nuestra edad antigua, para que los españoles llegaran á descubrir el secreto de su fuerza (la unión)»...

Cuando la despavorida Roma hace el último extraordinario esfuerzo y manda á Escipión Emiliano, el más grande de los generales de la República, este tuvo necesidad de emplear sus grandes dotes de táctico y sus relevantes condiciones de mando para realizar el plan que se había trazado: encerrar en su nido y aislar por completo aquel puñado de héroes.

En efecto: disciplinadas las tropas que mandaba y endurecidas con el trabajo y ejercicio continuo á que las sometió; fraccionando sus fuerzas y cayendo ora sobre las poblaciones aliadas de Numancia, ora sobre las levantadas en armas en las regiones vecinas; movilizandolas hasta conocer por completo la región en que había de operar y sus conexiones

con las vecinas y auxiliares probables; infundiendo temor á unos con el numeroso ejército de que disponía; pactando astutamente con otros; amenazando á estos y castigando á los más vehementes y levantiscos, logró dejar sola, aislada á aquella pequeña ciudad frente al coloso que se apoyaba en los recursos y disponía de las fuerzas de todo el mundo hasta entonces conocido. Allí acumuló cuantos medios tenía á mano y cerró todas las entradas y salidas de los numantinos, quienes después de increíbles hazañas cayeron vencidos, no por las legiones romanas, sino por el hambre, por consunción, por aislamiento, por el propio hierro que volvieron contra sí mismos y por el fuego devastador, que ellos mismos encendieron y atizaron, entre horribles espasmos y convulsiones que espantaron y admiraron á sus inexorables enemigos!

Todos los autores antiguos están conformes en decir que Numancia fué arrasada por Escipión (*solo aequavit*), exterminada, deshecha... Alguno de ellos dice no sólo que fué la guerra más inicua que Roma hizo, sino que es injustificable la ruina total que llevó á cabo Escipión, después de lo que en tal sentido habían hecho ya los mismos sitiados. La explicación la da otro escritor latino al decir, que Cartago fué aniquilada, por el miedo y el odio que inspiraba á los romanos, con quienes entabló la lucha á muerte; y Numancia por el terror que les infundió y por la afrenta y vergüenza que echó sobre el conquis-

tador de pueblos y dominador del mundo. Que Escipión no fué vencedor de un pueblo sino de un nombre! Mas ese nombre era fatídico, terrible, intolerable para los romanos y era preciso borrar de sobre la haz de la tierra lo que le había dado vida y fama perdurable, aplastar á la insolente é indomable. La venganza, el orgullo y el poder romano así lo exigían, consiguiendo á la vez que fuese terrible escarmiento de vecinos aliados y demás habitantes de la región ibérica.

En cambio favorecieron el desarrollo y la vida de otras ciudades de la misma comarca (Uxama, Clunia, Occile, Visontium, Voluce, Valeria Augusta ó Valeriana A., etc.,) no dejando en la famosa cima más que campamento bien fortificado después (*Castro*), templos de Júpiter y Marte, dioses poderosos, casas humildes habitadas por gentes de las mismas tribus vecinas, acaso como en rehenes para consolidar la ruina y el desastre de la que hasta entonces había sido cabeza de la región; y al pié, como eslabón de una de las cadenas que con el nombre de vías militares envolvieron lo conquistado, una *mansión*, no solo de caminantes, sino de legionarios!...

Cuidémonos, pues, de no confundir la Numancia romana con la Numancia celtibérica y pensemos que así como por el entusiasmo generoso y tenaz de un Schliemann la inmortal ciudad cantada por el divino Homero, Troya, ha sido

exhumada, después de haber desenterrado los restos de otras varias que estaban superpuestos, y Tirinto y Micenas...; y así como otras memorables poblaciones del antiguo Oriente han sacudido el polvo de los siglos y de las generaciones para mostrársenos tal cual fueron; así también la heroica ciudad de los Pelendones puede estar soterrada, aguardando á que exploraciones de verdad, hechas en grande, con ardimiento, constancia é inteligencia nos la muestren incinerada...!

¡Entonces sí que debería hacerse grandiosa urna cineraria para depositarla y en letras de diamantes escribir el epitafio! Hoy sólo debemos pedir, por la certidumbre que existe acerca del sitio, que se concluya el modesto monumento funerario que con patriótico celo comenzó en 1842 la Sociedad Económica de Amigos del País, pues sólo erigió el basamento, que es lo que se descubre en primer término al alcanzar la cumbre. Cuatro piedras de mármol, empotradas en las cuatro caras de aquel pedestal, esperan que el cincel abra en su seno compacto y brillante las letras de las inscripciones que un distinguido humanista y ferviente patriota, el señor D. Juan Sainz de Arroyal, dictó en 1845, al visitar el Jefe político (Gobernador) de la provincia aquellas venerandas ruinas.

Tan conmovedor espectáculo fué presenciado por todo el pueblo de Garray. ¡Allí también estaba mi queridísimo padre, que me ha referido

algunas veces, húmedos los ojos y vibrante la voz, la impresión que aquel acto le produjo y lo que significaba!

Va borrando el tiempo lo que fué escrito con lápiz en las piedras, y es preciso renovar este recuerdo, que el ilustre Rabal copia en su meritisima *Historia de Soria*.

En una lápida se inscribió el nombre de la gloriosa ciudad: *Numancia*; en otra lo que anhelamos que subsista en el corazón de todos los españoles, no solo de nuestros coprovincianos: *Eorum virtus præclara stirpe manet*; en otra el nombre de la soberana: *Elisabeth II regnante*; y en la última los siguientes versos, más inspirados por el númen de la patria que por el de la poesía:

«Si Roma orgullosa, vencida Numancia,  
Juzgó sepultados valor y constancia,  
Los siglos al mundo su error demostraron:  
Los padres murieron, los hijos quedaron.»

A corta distancia hállase un sencillo monumento fúnebre dedicado por «El 2.º batallón del Regimiento de San Marcial á los héroes de Numancia.—26 Junio de 1886.»

\*  
\*\*

¡Qué grandioso escenario el de aquella sagrada cumbre, y con qué serenidad augusta la naturaleza se presentaba ante los ojos, con amplias perspectivas, límites lejanos erguidos hasta las

nubes, diáfano ambiente, luz meridiana intensa, relieves y depresiones del suelo, en parte baldío, en parte menor revestido con las galas que la vegetación le da; aquí cruzado por río famoso, allá por escasas corrientes, que no pueden mitigar la sed que aridece aquellos campos, en los que se ven diseminados pueblecitos, caserías y ermitas!... Pues ante los ojos de la imaginación también aparecieron visiones, correspondientes á variados espacios y tiempos... De todas ellas, la que se mostró más seductora y se hizo dueña de mi ser, fué la del coro de las hijas de Júpiter y de la memoria, las *Musas*, que con pie ligero danzaron brevemente y presentaron, como ofrendas, los entusiastas relatos, los efusivos cánticos que les inspiraron las hazañas, la fortaleza heroica y el sublime sacrificio de aquel gran pueblo.

*Clio* (la musa de la historia), para no desmentir su nombre y condición, dilataba la fama de aquellos hombres, *semejantes á los dioses inmortales*,

«Por cuantos son los climas y los mares,»

y el coro repetía un grito perenne, una exclamación vibrante, una salutación amorosa, que el entusiasmo de aquélla había proferido:

*Macte fortissimam et... beatissimam in ipsis  
malis civitatem!...:*

*Erato* (la de la poesía lírica) exhalaba sólo al-

gunas variadas notas del sentimiento que la dominaba; *Caliope* (la de la poesía narrativa), que seguía demasiado el tono de su hermana Clio, no ostentó su voz hermosa, su armonioso canto de timbre varonil y enérgico acento; y, finalmente, *Melpómene* (la de la tragedia), acompañada de las anteriores, dominó con su canto solemne, elevado, terrorífico, y con su majestuosa actitud, y presentó ante nuestros ojos atónitos, con animación y vida la agonía y muerte gloriosas de aquella inclita ciudad. Al concluir pronunció un nombre que regocijó al coro entero y le hizo prorrumpir en un grito de júbilo, como de madre que ve á su hijo predilecto, desapareciendo súbitamente.

Quedó envuelta en un nimbo de luz la imagen de aquel mortal mimado y consolado por las musas, y, en la única mano que tenía brillaba, con caracteres de fuego, el título de la obra que prohió la misma Melpómene. La imagen era la de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, y el título, *La Destrucción de Numancia*, tragedia en cuatro jornadas.

Tan grata visión desapareció instantáneamente.

\* \* \*

El sol desde el cenit enviaba torrentes de luz y oleadas de calor que, en aquel día sereno y apacible de Agosto, era tolerable por la brisa refrigerante de las montañas. Veíanse por

el S. la sierra de Santa Ana, el castillo de Soria y la ermita de Nuestra Señora del Mirón, cuyo nombre indica suficientemente cómo está situada; otros cerros y altos se destacaban por aquella parte y por el SO., pero el que por su forma atraía las miradas era el pico de *Frentes*, por el O. Al NO., dominando aquella pintoresca región de los pinares, erguíanse los picos de la sierra de *Urbión*, en donde están las fuentes del celebrado Duero. Tales cumbres, así como las de la sierra *Cebollera*, que limitaba nuestra vista por el N., hállanse á más de 2.000 metros sobre el nivel del mar. Estas dos sierras, prolongación de las de la *Demanda* y *Oca* (en Burgos y Logroño), forman la cordillera *Ibérica* (*Idubeda* de los antiguos) que continúa por el NE. con una serie de sierras ligadas entre sí por amplios collados, y constituyen como los eslabones de la citada cadena, que tiene por esta parte menor altitud. Finalmente, por el E. y algo desviada de la alineación general de la mencionada cordillera, se eleva la gigantesca mole del *Moncayo*, ante cuya imponente altura, 2315 metros, aparecen humillados todos los demás relieves que le rodean. (\*)

Al bajar, nos llamó la atención la portada románica de la ermita de los santos mártires Nereo, Aquileo, Paneracio y Domitila. El interior

---

(\*) Los datos hipsométricos y algunas felices expresiones, los hemos tomado de la notable *Memoria geológica... de Soria*, publicada por D. Pedro Palacios.

no pudimos verlo por estar cerrada la ermita. Lo que si vimos entre las piedras del muro, por la parte exterior, fué la lápida en que consta la fecha (1231) de la construcción de la ermita. Aquí, pensábamos, se perpetúa la memoria de los mártires de la Fé; arriba la de los mártires de la Patria. El sentimiento religioso, y el patriótico, los más altos y nobles del corazón humano, unidos sin la escoria de las pasiones bastardas, y sublimados por el amor, por la bendita Caridad, son los constitutivos esenciales del alma de los pueblos, en general, y de los individuos en particular.

La actividad inteligente y continua, dirigida por la virtud, por la ciencia y por el gusto, sin el fermento de funestas divisiones, de odios ni fanatismos, nos dará la verdadera libertad, la digna independencia, y la palabra *regeneración* no estará vaciade contenido. A trabajar! A ayudarnos mutuamente! A extender entre todos el indisoluble vínculo del amor de nuestra noble Madre, mutilada y pobre (la Patria), y de la Humanidad, para la cual el puro y santo amor de Dios,—Verdad, Bondad y Belleza por esencia,—ha de ser el alma sublime que la informe y dé vida y la dirija progresivamente hacia su alto y providencial destino!

Al pié del cerro consideré que nunca podría ser mejor aplicada la deprecación que los paganos empleaban ante los restos inanimados de sus semejantes: *que la tierra les sea ligera*. Sí; no

gravite, no pese sobre los despojos mortales de aquellos héroes, y en cambio, por toda la redondez de la misma y de generación en generación extiéndase la memoria de las épicas hazañas y del sublime sacrificio de NUMANCIA!

HELIODORO CARPINTERO Y MORENO

Catedrático del Instituto de Alicante











